

CRONICA DE LA SEMANA

La blanca superficie del papel está dispuesta para recibir la impresión de los caracteres tipográficos, de esos pequeños signos admirables, que en apretados renglones van a difundir las ideas, para llevarlas a los hogares, vestidas con el ropaje de algo nuevo.

Es una revista que nace, un periódico que, si no está llamado a vivir la intensa vida del diarismo, si traerá en sus páginas el eco de las aspiraciones de una juventud que plene se ha impuesto la tarea de hacer obra buena. La labor sea, tal vez, superior a nuestras fuerzas, pero puede ser fructífera, porque en la lucha que vamos a emprender, no estamos solos: hay seres superiores que nos dirigen, amigos de corazón que nos alientan y que nos tienden la mano. Por eso acometemos la empresa...

Las máquinas comienzan a desplegar su actividad, nos esperan; y mientras les aportamos nuestro contingente, permíteme, lectora, amable, que el cronista te salude con respeto, que, reverente, se incline en tu presencia y te haga delicada invitación para que lo acompañes a recorrer las regiones de su fantasía...

Sólo una orden tuya espera... ¿Vamos?

◆ ◆ ◆

—¿Lo ves?... No hemos andado mucho. Una música lejana nos sirvió de guía para llegar a este jardín de ensueños. La luminosa claridad en que parece envuelta la figura del ángel que nos recibe, ha herido nuestra retina. Ese puñado de flores animadas que lo acompañan, nos invitan a pasar; ¡entra!, ven a confundirte con ellas, porque tú también eres flor, tú también debes ocupar tu sitio en ese ramillete; pero, antes, escúchame:

—¿Sabes quién es ese ángel?

Es la caridad.

—¿Sabes quién forma su corte de amor?

Son damas principales de nuestra sociedad, ángeles como el que las preside, a cuyos oídos llegaron los lamentos de nuestros hermanos heridos, las quejas de seres que parecían estar desamparados y que van a recibir un consuelo, como alivio llevado por manos de ángeles, manos blancas, manos que recogieron entre el brillo de una fiesta, la pertinaz lluvia del alegre confetti y las ruidosas armonías de una banda militar; las monedas que depositan los hombres buenos, que, por ser buenos, no se olvidan de los que sufren.

—¿Estás a gusto en este paraje?

Sí, debes estarlo, porque en él encuentras algo de lo tuyo. Si te parecen desconocidos estos sitios que conmigo visitas, es porque las hadas se ensargaron de transformarlas a que te fueran gratos...

—Mira: en ese pabellón, albergue del Arte, hay mucho que admirar y mucho que aplaudir. Detén tus pasos un momento, contempla esas pequeñas obras, procura conservar en tu memoria los pensamientos que lens. Hay en ellos algo de frivolidad, algo de poesía, mucho de filosofía, como la que se refleja en esa postal, ante la que fijaste tus ansiosas miradas:

“La vida eterna de la esperanza tiene un secreto: nunca se alcanza.
La mayor pena jamás se llora.
La muerte propia: llega y se ignora.”

Y junto a esos renglones, perfectamente filosóficos, mira cómo deposita el poeta, en macábricas estrofas, los prodigios de su estro:

“Camina y camina... de noche... de día;
en busca de vida fatigado llego...

¡la vida, alma mía!

—¡Rebelá en mis labios!

Mira si fui ciego:

¡ignorarle todo, cuando recibía

besos congelados en mi faz de fuego!

Quando yo me muera, vendré a despertarte.

¡A los arambales de mis sucios huesos

poder estrecharte!

Tus mórbidos brazos de mi huesa opresos...

¡Oh, dulce venganza! ¡poder retornarte

en tu boca ardiente congelados besos!”

...Pero, ¿caso no sientes calor, lectora mía? ¡sí!, pues ven, que para tu boca delicada traerán aquellas damas la miel de sus refrescos... Toma, sí, arroja un puñado de confetti; luce las flores que te ofrecen; diviértete... ríe... que tus alegrías y tus risas van a llevar un pequeño recurso a los necesitados que lloran... ¡Bendice como yo a la caridad y a los seres buenos que la practican...!

◆ ◆ ◆

Y, mientras, divaguemos un rato. ¿Quieres saber algo de nosotros? Pues óyeme:

Nuestra historia, en el mundo de las letras, es breve, como breves son también nuestros años vividos; y, asómbrate: “¡somos periodistas!”... Sí, en esa ingrata México, publicamos un diario, que fué reflejo fiel de nues-

tros anhelos; llenamos sus columnas con entusiastas artículos, vibrantes porque defendíamos la causa buena; sinceros, porque nos consideramos honrados; pero nuestro diario murió... ¿sabes tú de algo que viva eternamente?... Con su muerte no consiguió ni extinguir nuestras voluntades ni aminorar nuestros entusiasmos, y, como el Cristo de la leyenda cristiana—mira qué coincidencia—, resucita hoy, día en que los católicos cantan su “gloria in excelsis”, y creen contemplar la imagen de su Dios, envuelta en las nubes del incienso que queman en su loor, ascendiendo al cielo, desde donde ha de dictar las leyes que gobiernan al mundo...

“Resurrexit”... Sí, ha pasado nuestra semana de pasión. En nuestros recuerdos vivirá siempre la fecha de este día, en que la blancura inmaculada del papel, está dispuesta a recibir la impresión de los pequeños signos admirables que, en apretados renglones, van a difundir nuestras ideas, para llevarlas a los hogares, vestidas con el ropaje de algo nuevo....

¿Te sientes fatigada, lectora amable?

Descansa, el cronista va a retirarse de tu lado. En sus oídos suenan aún las clarinadas de una marcha guerrera; sobre sus hombros revolotean los papeillos multicolores que tanto animaron la fiesta a que asistimos; no se borra de su retina la imagen del ángel de la caridad, rodeado de su corte de amor, de flores animadas y bellas; reverente se inclina ante tí y se despide, dándote gracias por tus bondades y poniendo en tus manos su primera crónica, que anhela fuera blanca como las almas de esas damas caritativas, entre las que tú debes tener un sitio preferente...

¡Adiós, lectora mía!...

-: EGOISMO DE RAZA :-

Toda revolución encierra un movimiento evolutivo intenso, que necesita, para llegar al triunfo, de la cooperación sana y desinteresada de aquellos que por convicción, sin fines bastardos, se afilian a ella por juzgarla buena.

La Revolución Constitucionalista es el reflejo fiel de las aspiraciones de un pueblo que tiene derecho a ser libre, porque el pueblo comprende ya que de los hombres que caben ser libres no puede hacerse esclavos; tiene la conciencia de que ya no soportará la humillación de aquellos que siempre han buscado en él los medios de encumbrar a las nulidades, que han procurado negarle lo que más falta le hace: la educación.

Y, desgraciadamente, se tropieza con mucha frecuencia con el egoísmo propio de nuestra raza, con la reflexión malsana de aquellos que no quieren sacrificar al bien común ninguna de sus comodidades personales (de los que, prescindiendo, a sabiendas, de las ideas libertarias que predica la Revolución, se encierran en el “yo” criminal, y pudiendo aportar su contingente, no lo hacen, por el pensamiento necio de creerse ellos los únicos sacrificados.

La célebre teósofa Mrs. Annie Besant, dice en una de sus más notables obras: “Son muchas las personas que desean el triunfo de una buena causa, pero muy pocas las que se

cuidan de prepararse para servirla, y, todavía menos, las que arriesgan algo en su apoyo.—Alguien tiene que hacerlo, pero ¿por qué yo?, es la repetida frase de la simpatía floja.—Alguien tiene que hacerlo, ¿por qué no yo?, es el grito del más serio servidor, del hombre que avanza a arrostrar cualquier deber peligroso. Entre estas dos expresiones median siglos enteros de evolución moral.”

Y la notable escritora pinta admirablemente la situación por la que atraviesa nuestra República. Muchos hay, por desgracia, que se encuentran en el primer caso, pero, afortunadamente para el pueblo, un hombre ha hecho suya la segunda interrogación, y prácticamente ha sabido arrostrar todos los peligros, para encauzar el movimiento que germinó en su cerebro, logrando, después de innumerables sacrificios, imprimir a la Causa Constitucionalista el impulso incontrastable que adquirió ya.

Y ese ejemplo de civismo, esa lección de probidad y honradez que nos ha dado el señor Carranza, debemos seguirlo con entusiasmo, sin desmayar, procurando siempre imprimir en la mente de los indiferentes la idea del bien colectivo, aun cuando nos haga llegar al sacrificio individual.

Quando la labor sana del Constitucionalismo sea secundada por todos los hombres conscientes, la Patria se habrá salvado.